

Luces y sombras en la historia del APRA

CARLOS AGUIRRE

Universidad de Oregon

caguirre@uoregon.edu

Decir que el APRA fue el partido político más importante del siglo veinte peruano es repetir un lugar común. Así lo admiten sus seguidores más acérrimos y sus más enconados críticos. Para sustentar dicha afirmación, se suele apelar a una serie de elementos bastante bien establecidos tanto en el imaginario colectivo peruano como en la tradición historiográfica sobre el APRA: fue el primer partido moderno y de masas del Perú; adoptó una ideología propia que pretendía repensar el país desde una óptica marxista latinoamericana; se dotó de una organización, una mística y una disciplina férreas que le permitieron sobrevivir duras épocas de represión así como cambios drásticos en su línea político-doctrinaria; protagonizó algunos de los momentos más importantes de la historia política peruana de las últimas ocho décadas; y resultó ganador en las elecciones para la Asamblea Constituyente en 1978 y las elecciones presidenciales de 1985 y 2006. Para los peruanos de todas las edades, el APRA es un referente importante de sus pasiones y certidumbres políticas: de hecho, resulta casi imposible permanecer indiferente a su presencia, a su legado histórico y a su ya conocido (aunque cambiante) apego por los símbolos y rituales partidarios.

La historia del APRA no es desconocida, aunque se extrañaba un esfuerzo de síntesis y actualización, que es lo que ha logrado, desde una perspectiva crítica, Nelson Manrique en su denso y detallado libro *¿Usted fue aprista?*¹ La producción bibliográfica sobre dicho partido es abundante, e incluye tanto materiales escritos desde posiciones proapristas (Luis Alberto Sánchez, Felipe Cossío del Pomar, Percy Murillo Garaycochea y Andrés Townsend Ezcurra) como aquellos virulentamente críticos, redactados generalmente por ex militantes (Víctor Villanueva, Luis E. Enríquez, Magda Portal y Luis Chanduví, entre muchos otros). Por supuesto, hay esfuerzos que se alejan de estos dos polos e intentan un acercamiento más equilibrado, aunque no necesariamente «neutral». Podemos mencionar aquí los trabajos de Steve Stein, Fredrick Pike, Steven Hirsh, Margarita Giesecke, Imelda Vega Centeno, Pedro Planas, Ricardo Melgar y David Nugent (algunos de ellos ausentes en la bibliografía del texto que comentamos).

El libro de Manrique constituye el más extenso y sistemático esfuerzo realizado hasta hoy por resumir la trayectoria política del APRA a partir de una perspectiva crítica que se anuncia desde el título. Al presentarlo, con un exceso de modestia, como *bases para una historia crítica del APRA*, el autor busca establecer con claridad los límites de su labor: cubrir en toda su complejidad una trayectoria de más de ocho décadas resulta imposible, por lo que este trabajo tenía necesariamente que limitarse a ciertos aspectos y episodios de la historia del partido, fundamentalmente aquellos relacionados con su dirección política y sus formulaciones doctrinarias.

En pocas palabras, y a riesgo de no hacer justicia a la riqueza de la información presentada en sus más de cuatrocientas páginas, la historia que nos relata Manrique es el recuento de una serie de traiciones, virajes, inconsistencias y frustraciones que marcan el abandono de posiciones originales revolucionarias, insurreccionales, antiimperialistas y

¹ Manrique, Nelson. *¿Usted fue aprista?: bases para una historia crítica del APRA*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2009.

antioligárquicas, en favor de posturas proimperialistas, anticomunistas, prooligárquicas y —en tiempos del segundo mandato de Alan García— neoliberales. Los líderes del APRA, empezando por su fundador e ideólogo Víctor Raúl Haya de la Torre, aparecen en este libro como personajes sinuosos y con pocos escrúpulos, dados siempre a usar la conocida escopeta de dos cañones; oportunistas dispuestos a claudicar o transar con el enemigo que hasta hace poco los perseguía; dirigentes alejados de las verdaderas aspiraciones de las masas, cuyas esperanzas y sueños fueron traicionados una y otra vez. El partido aprista es retratado como una organización en la que los jefes suprimen las voces discordantes y se confabulan para imponer —a veces por la violencia— sus poco principistas vaivenes políticos y doctrinarios.

Hay mucho de cierto en esto, naturalmente, y Manrique no es el primero en ofrecer este retrato del APRA. Es más, no creo que sea injusto decir que casi todo lo que señala el autor ya ha sido dicho o escrito por otros estudiosos de la trayectoria política del aprismo. Recorriendo las páginas de este libro, uno tiene la sensación de andar por caminos ya transitados; así, hay secciones enteras que son poco más que glosas de autores como Víctor Villanueva, Thomas Davies y Héctor Cordero. El mérito de Manrique radica en haber sistematizado un cúmulo de información dispersa y ofrecer un recuento bastante apretado pero comprensivo (si bien no siempre coherente) de la trayectoria política del APRA. Es un libro laborioso, fruto de varios años de trabajo; sin embargo, nos deja la impresión de no ser tan original como hubiéramos deseado ni tan cuidadoso en los aspectos formales (hay repeticiones innecesarias, notas a pie de página algo superficiales y una, a ratos, desordenada presentación de los materiales). De hecho, extrañamos un argumento central que recorra el libro a manera de explicación histórica de la trayectoria aprista. Por un lado, esta limitación se debe al escaso uso de nuevas fuentes, que hubieran enriquecido la perspectiva analítica y abierto nuevas líneas interpretativas. Por otro, ella se explica por el hecho de ser un libro que bien podría presentarse como la «crónica de una traición anunciada», en el que la historia se conoce por anticipado y solo vamos a confirmar lo que todos ya sabíamos.

Para ilustrar la manera en que estas limitaciones afectan nuestra comprensión del fenómeno aprista, quisiera detenerme brevemente en tres temas que me parecen importantes. El primero es el de la (supuesta) condición «revolucionaria» del APRA «primigenia», respecto de la cual los diversos «virajes» sucesivos indicarían un alejamiento y una traición. Por momentos parecería que, según Manrique, efectivamente el APRA nació revolucionaria y luego sus dirigentes —con Haya a la cabeza— traicionaron sus ideales y se vendieron al imperialismo y la oligarquía. En otras ocasiones, sin embargo, uno tiene la impresión de que desde el comienzo se trató de un movimiento que apelaba a meros artificios discursivos para engatusar a las masas, y cuyas alharacas retóricas escondían un proyecto vertical y autoritario que seguía básicamente los dictados de un líder megalómano y errático. Ya en 1928, después de todo, como el autor recuerda, José Carlos Mariátegui había marcado sus diferencias con el proyecto aprista y su supuesto carácter revolucionario. Y el propio Manrique sostiene que «la doctrina del APRA nunca fue tan radical como suele creerse».² Entonces, ¿tuvo o no el partido aprista una matriz revolucionaria? Si la tuvo, ¿qué clase de revolución propugnaba en cada coyuntura específica? Y, además, ¿hasta cuándo puede hablarse de un APRA «revolucionario»? El libro de Manrique no ofrece respuestas concluyentes a estas preguntas.

El segundo aspecto tiene que ver con las relaciones entre dirigentes y bases, y sobre todo con la manera como se interpreta la conducta de estas últimas, lo cual nos lleva a la interpretación histórica de la longevidad del APRA. Manrique se detiene en explicaciones bastante convencionales justo cuando el problema reclama un tratamiento más creativo y complejo. Así, el autor cita —al parecer aprobatoriamente— lo que escribió Víctor Villanueva para «explicar» la supervivencia del partido: «Para los apristas de la “vieja guardia”, el aprismo no constituye una doctrina política-social; para ellos es solamente una fe. El aprista no piensa, solamente siente; su actitud es meramente sentimental y emotiva, de ningún modo intelectual ni consciente. Rinde culto al “jefe” y lo sigue

² Ib., p. 62.

sin importarle mucho ni poco hacia dónde se dirige».³ ¿Es sostenible, nos preguntamos, la idea de que «el aprista no piensa»? Manrique parece luego querer ir más allá de este razonamiento cuando sostiene que «a pesar de la inmensa fe profesada por los apristas, fue necesario realizar un gran esfuerzo de racionalización para que semejante viraje ideológico fuera aceptado».⁴ Pero a continuación se limita a transcribir el texto de una marcha titulada *Convivencia* como muestra de que «los artistas apristas se esforzaron por presentar la nueva línea como una decisión correcta», sin entrar a discutir en mayor profundidad ese «esfuerzo de racionalización» y su recepción entre los militantes. Explicar la lealtad de las bases apristas por su «fe» o su «fanatismo», e incluso por «la divinización del líder» o el hecho de «vivir la militancia como una religión», si bien remite a aspectos centrales de la experiencia del aprista de carne y hueso, no ayuda a entender las complejas relaciones entre el partido y sus militantes. Por el contrario, la postura del autor sugiere la existencia de una actitud pasiva y acrítica por parte de estos últimos.⁵ Esta imagen de la militancia aprista, irónicamente, se emparenta con una forma de ver la historia que Manrique, en otros contextos, habría sin duda rechazado. Esa fe y ese fanatismo —que otros llamarían mística partidaria— requieren a su vez ser explicados en lugar de ser usados para zanjar el debate sobre la conducta de los militantes apristas de cara a los virajes de sus dirigentes. ¿Se puede hacer, por decirlo de alguna manera, una «historia desde abajo» del APRA? Un esfuerzo tanto de investigación empírica como de rigurosa interpretación analítica sería necesario para tratar de desentrañar las lógicas *políticas* que sustentaron la terca lealtad de las bases apristas hacia sus líderes y su partido. Valgan verdades, esta historia del APRA «desde abajo» es una tarea que escapa a las posibilidades de un solo investigador, y probablemente no formaba parte de la agenda de trabajo de Manrique. No obstante, no podemos dejar de mencionar

³ Ib., p. 56.

⁴ Ib., p. 212.

⁵ Ib., p. 183. Ver también pp. 311 y 331.

que la manera como el autor interpreta el rol de las bases en esta historia elude un tratamiento más complejo y matizado del problema.

El tercer y último punto al que quiero referirme se relaciona con la interpretación sobre el legado del APRA y su contribución a la vida política del país. Todo movimiento político tiene sus luces y sus sombras, pero en la visión de Manrique pocas luces asoman en el horizonte del aprismo. Análisis históricos del PRI o del peronismo —para mencionar dos movimientos con claros parentescos con el APRA— que solo se detuvieran en las traiciones, los virajes, la corrupción y el autoritarismo de sus dirigentes harían ciertamente muy difícil la comprensión de sus trayectorias y sus contribuciones a la vida política —y, por qué no, a la democratización— de sus respectivos países. Una manera de ver las cosas sería imaginarse el siglo veinte peruano sin el APRA. Otra, especular qué habría pasado si Haya llegaba a la presidencia en 1931 o si el ejército no se hubiera convertido en el principal obstáculo para la victoria de dicho partido. Pero dejando de lado cualquier especulación contrafáctica, lo cierto es que existe un aporte del APRA a la vida política peruana bastante más complejo y ambiguo de lo que el texto de Manrique permite vislumbrar.

El autor dedica este libro a su padre, militante del APRA desde las primeras épocas y «cuyas ilusiones de viejo aprista fueron rotas por el gobierno de Alan García». Entender por qué dichas ilusiones —como las de miles de militantes apristas— se mantuvieron vivas durante tantas décadas y no fueron destruidas por los múltiples virajes, componendas, prácticas antidemocráticas y desercciones que se produjeron antes del gobierno de García exige un esfuerzo que vaya más allá de la recapitulación de las sucesivas traiciones del partido aprista y sus dirigentes. El libro de Nelson Manrique, con sus virtudes y limitaciones, ayudará a los historiadores del futuro a recorrer ese camino.
